

BAJO  
LA  
PIEL

SUSANA RODRÍGUEZ LEZAUN

No es fácil tratar con Marcela Pieldelobo. Nacida en Biescas, un pequeño pueblo del Pirineo aragonés, es desde hace una década inspectora del Cuerpo Nacional de Policía en Pamplona. Una mujer excesiva en sus costumbres y afectos, y también en el original tatuaje que se enrosca en su cuerpo y que apenas nadie conoce. Está convencida de que las órdenes son susceptibles de interpretación, que hay cosas que es necesario guardarse para uno mismo y que las puertas cerradas pueden dejar de estarlo si se sabe cómo abrirlas. Aunque no tengas una orden judicial.

Ahora el pasado, en forma de un padre maltratador que reaparece tras la muerte de su madre, llama con furia a su puerta, pero Marcela tiene cosas más urgentes que atender, como el caso de un bebé abandonado en un aparcamiento solitario y un coche de alquiler siniestrado sin rastro del conductor, pero con manchas de sangre y huellas de rodadas... Cuando las pistas conducen a una conocida empresa propiedad de una de las más tradicionales e influyentes familias locales, sus superiores deciden apartarla del caso... Pero Marcela, fiel a sus principios y a su instinto, insiste en ir más allá, aun a costa, ahora, de su propia vida.

## Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

Agradecimientos

*A mi padre y a su risa, ahora sí, eterna. Gracias*

## 1

«Calla, por favor. Calla..., calla... Necesito pensar. Shhhh...».

Ajeno a sus súplicas mudas, el bebé que viajaba en el asiento del copiloto lanzaba al aire sus estridentes berridos. El pequeño habitáculo del coche funcionaba como una caja de resonancia.

«Calla, mi niño, por favor, por favor...».

El vehículo que la seguía ya había intentado dos veces sacarla de la carretera. Durante un instante fugaz pudo ver el odio y la inquebrantable decisión en los ojos de quien conducía, y supo que estaba a punto de morir. Y su hijo también.

Pisó el acelerador hasta clavar el pie en la alfombrilla, pero el perseguidor se mantenía pegado a su parachoques trasero. Reconoció la carretera. Había tomado tantos desvíos en los últimos kilómetros que por un momento ni siquiera sabía dónde estaba, pero ahora el despoblado paraje le resultaba familiar. Había una bifurcación no muy lejos de allí.

«Mantente pegado a mí, grandísimo hijo de puta».

Apretó el volante y calculó los metros que le quedaban por delante. No aceleró. Intentó ignorar el llanto desesperado de su hijo y concentrarse en la carretera, cada vez más estrecha. Hacía rato que había oscurecido. Eso la ayudaría. Sólo tendría una oportunidad.

Los faros iluminaron los apenas dos metros del camino que se abría a su izquierda. No había señalización, era un

sendero privado que terminaba en un depósito de aguas.

Dio un violento volantazo cuando ya estaba a punto de pasar de largo. El coche describió un arco cerrado y las dos ruedas izquierdas perdieron el contacto con el asfalto. La sensación de estar volando la asustó, pero no llegó a paralizarla. A esas alturas ya no tenía nada que perder. Enderezó el volante y apretó el acelerador. El coche se lanzó cuesta arriba por la pista asfaltada llena de baches y socavones.

Como esperaba, su perseguidor se dio cuenta demasiado tarde de la maniobra y siguió recto. «Ahora o nunca». Calculó que su ventaja no superaría los dos minutos. Aceleró al máximo de las posibilidades del modesto utilitario, revolucionando el motor para superar el pronunciado desnivel.

«Unos metros más...».

Ante ella apareció el enorme y compacto edificio de hormigón que albergaba el depósito de aguas del valle. La carretera terminaba allí. A su espalda, de momento sólo había oscuridad. Giró a toda velocidad hacia la parte trasera de la construcción circular y frenó en seco junto al muro exterior.

Le temblaban las manos. Soltó con dificultad el cinturón de seguridad de la sillita del bebé, lo pasó por encima de su propio cuerpo, abrió la puerta del coche y lo dejó en el suelo, lo más cerca que pudo de la pared. Olvidó darle un beso. El último. Volvió a cerrar la puerta, dejando fuera el llanto desgarrado del niño, y aceleró de nuevo.

Completó la vuelta al edificio y encaró la pista por la que había llegado.

Allí estaba ya.

Dos brillantes haces como cuchillos se acercaban a ella a toda velocidad.

No dudó. Se lanzó cuesta abajo con la misma decisión con la que había subido, convencida de que no se atrevería a una colisión frontal. Quería matarla, no morir.



Como esperaba, el deportivo se hizo a un lado en el último momento, dio media vuelta, arrojando una lluvia de guijarros, y aceleró tras ella.

El silencio era tan doloroso... El único sonido que ahora podía oír era el de su corazón latiéndole en las sienes, sus jadeos y una oración que no recordaba haber empezado a entonar. Se concentró en la plegaria para amortiguar el miedo que le agarrotaba los músculos e intentó pensar.

La carretera.

Derecha... No, izquierda, lejos de allí. Lejos...

El asfalto recibió a los neumáticos con un golpe seco. Oscuridad y silencio. A lo lejos, las luces de la ciudad. Delante, nada.

La carretera le otorgó ventaja al deportivo. Aceleró e intentó adelantarla. Ella dio un volantazo para evitar que la superara, pero le faltó rapidez de reflejos. De pronto, sus ojos estaban casi a su lado. Y la sonrisa perversa.

Fue consciente del movimiento brusco de sus brazos, del coche que se lanzaba sobre ella, del ruido de la carrocería al colisionar, de las chispas metálicas que iluminaron la noche.

Abrió la boca e intentó terminar la plegaria. Luego todo empezó a dar vueltas. Soltó el volante y gritó. Se golpeó la cabeza contra la ventanilla y después rebotó en el techo. Rodó, gritó y repitió el nombre de Dios, pero al instante dejó de invocarlo. Prefería que su Señor se quedara al lado de su pequeño. Dijo «amén» e intentó volver a coger el volante, pero ya no pudo.

Y luego, todo terminó. Las vueltas, las chispas, el sonido, el dolor y la vida.

## 2

Todos los cementerios huelen igual. Ese aroma dulce, empalagoso, de los cipreses enhiestos hacia el cielo, como si apuntaran la dirección que debían tomar las almas que iniciaban allí su incierto viaje. La tierra fresca, removida y amontonada a un lado de la fosa, tenía un olor acre, húmedo.

Marcela siempre había tenido un olfato fino, muy agudo, pero su madre le hizo prometer años atrás que le daría sepultura en tierra, y no en uno de esos nichos que el ayuntamiento había levantado en un lateral del camposanto. Prefería apretujarse entre las lápidas de sus amigos, de sus antepasados y de decenas de personas cuyos descendientes habían formado parte de su vida. Los conocía a todos. En el pueblo todo el mundo sabía quién era quién. Eso era lo bueno y lo malo de los sitios tan pequeños, y una de las razones por las que se marchó. Demasiada gente conocida y demasiada poca intimidad.

El cura levantó las manos hacia el cielo, murmuró unas cuantas frases más y volvió a cruzar los brazos delante del pecho. Luego la miró, y todos los presentes le imitaron. Cincuenta pares de ojos la observaban sin pestañear. ¿Qué querían? ¿Por qué nadie miraba a su hermano, de pie junto a ella? Porque a él estaban acostumbrados a verlo, pero ella era esa *rara avis* que asoma el pico una vez cada diez años, con suerte. Aquello no era del todo cierto, porque acudía a visitar a su madre con relativa regularidad, sobre todo desde que enfermó, pero apenas ponía un pie en la

calle como no fuera para salir del coche el día de su llegada y volver a entrar cuando se iba. El resto del tiempo lo pasaba entre las cuatro paredes de la casona que un día fue su hogar. Su hermano, sin embargo, se había quedado a vivir allí, trabajaba en una fábrica cercana, había formado una familia y sus tres hijos crecían medio asilvestrados, libres y un poco gamberros. Como ellos mismos hacía no tantos años, recordó.

Sintió un golpe en el brazo. Su hermano acababa de darle un codazo. Quizá pudiera leerle la mente y no le gustaba nada lo que estaba pensando.

—La tierra —murmuró en voz baja.

Sí. La tierra. Lo había olvidado.

Avanzaron juntos un par de pasos y se colocaron frente a la fosa a la que ya habían bajado el brillante féretro en el que descansaba su madre. Sesenta años y una cruel enfermedad que la había ido devorando poco a poco por dentro. Fue duro verla empequeñecer, retorcerse, maldecir su suerte. Porque lo peor fue que permaneció lúcida hasta el último día. Incluso tuvo el temple de llamarla a Pamplona para despedirse. Marcela a punto estuvo de no coger el teléfono, pero al final, después de cinco tonos, pulsó el círculo verde y saludó.

—Mamá, me pillas con un lío tremendo.

—Sólo será un momento, de verdad. Estoy con el médico, ha venido esta mañana. Me querían llevar a Huesca, al hospital, pero les he dicho que no, que me quedo aquí, así que ha venido tu tía Esperanza y se quedará conmigo hasta que llegue tu hermano.

—¿Estás peor? ¿Has tenido una recaída?

—No te preocupes, chiqueta, tú tranquila. Yo estoy bien. Cansada, pero bien. Me temo que en mi saco ya no cabe ni un día más.

—Vamos, mamá, te queda cuerda para rato.

Escuchó un largo suspiro al otro lado del teléfono, y luego la voz de un hombre que pronunciaba palabras ininteli-

gibles.

—Bueno, mi niña, te paso con el médico, que quiere hablar contigo. Este es nuevo, no le conoces. —Otro suspiro —. Chiqueta, cuídate mucho. Te quiero.

Marcela se quedó un momento en blanco antes de responder. Nada de aquello era normal.

—Yo también te quiero, mamá.

No estaba segura de si su madre la oyó, porque un segundo después le llegó la voz del hombre, ahora clara y rotunda.

—Señora Pieldelobo, soy el doctor Betés, el médico de su madre.

Oyó el sonido de los pasos del hombre sobre la madera de su casa. Luego una puerta. Se estaba alejando en busca de intimidad. Sólo las malas noticias necesitan privacidad.

—Hola —saludó ella, lacónica, expectante.

—Me temo que el estado de su madre ha empeorado gravemente y de manera irreversible.

—¿A qué se refiere? Acabo de hablar con ella y está bien. Cansada, pero bien —afirmó, repitiendo las palabras de su madre.

—Me llamó ayer a la consulta porque se sentía más agotada de lo normal y vine a verla por la tarde. Una simple auscultación ya me indicó que su corazón está... Bueno, está en las últimas. Insistí en trasladarla a Huesca para hacerle unas pruebas, proceder quizá con un cateterismo, observar el estado de las válvulas coronarias y del resto de los órganos... Podríamos probar con inmunoterapia o algunas sesiones más de quimio, pero se ha negado. Dice que no se quiere mover de aquí. Es tozuda como una mula. De todos modos —suspiró—, como supongo que sabe, el cáncer está muy extendido... Lleva mucho tiempo en paliativos...

Al otro lado del teléfono, Marcela asentía en silencio. Su madre era terca, pero también fuerte. Habían llegado hasta allí y seguirían adelante. No podía estar muriéndose. De ninguna manera. Una madre nunca muere. No hasta que su

hija está preparada para despedirse y, desde luego, ella no lo estaba en absoluto. Su madre siempre estuvo allí, incluso en la lejanía, a través del teléfono. Esas carcajadas sonoras, que le retumbaban en el pecho y la obligaban a sonreír. Su madre era una figura inamovible, perenne, segura. Su ancla. Alguien que había formado parte de todas las etapas de su vida, y que seguiría allí para siempre.

Y ahora le estaban diciendo que no, que eso no iba a ser así.

—Su corazón no aguantará demasiado.

—¿Cuánto es «no demasiado»? —consiguió preguntar por encima del nudo de su garganta.

—Unas cuantas horas, un día... No puedo decírselo con exactitud.

—Estaré allí en dos horas. Tres a lo sumo.

Colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa. Le temblaban las manos.

Observó su reflejo en la pared acristalada.

Inspectora Marcela Pieldelobo. Treinta y cinco años. Divorciada. Sin hijos. Destinada en la comisaría de Pamplona desde hacía casi una década. Ninguno de aquellos datos decía nada sobre ella. Frías realidades que apenas raspan la superficie. Letras y números en el documento de identidad. Nada más.

Se pasó la mano por la cabeza y la dejó caer por la nuca hasta el cuello. La camisa la estaba asfixiando. Hacía mucho calor allí dentro. Inspiró, espiró y apretó los dientes. Luego irguió la espalda y se puso en marcha.

Descolgó el teléfono de su despacho, informó a su superior de que necesitaba ausentarse de inmediato por motivos personales, habló brevemente con el subinspector Bonachera y corrió hasta el coche.

Voló por la carretera, sorteó las curvas y el tráfico. Voló, pero no lo bastante deprisa. Cuando llegó, casi a la vez que su hermano Juan, su madre ya había muerto. No recordaba haberse despedido, no estaba segura de si la había oído

decirle que la quería, y esas dudas abrieron en su pecho un agujero tan grande que estaba segura de que jamás sería capaz de cerrarlo.

Y allí estaba ahora, con un tormo húmedo y acre en la mano, contemplando desde arriba el féretro de su madre. Su hermano lanzó la tierra que guardaba en el puño y esperó a que ella hiciera lo mismo. Unos segundos después la tocó suavemente en el brazo para animarla a soltar la tierra sobre el ataúd.

—Marcela... —susurró Juan.

—No puedo —respondió ella, que había cerrado los ojos para no seguir viendo la caja marrón, tan brillante que parecía una incongruencia que estuviera allí abajo—. Si echo la tierra, es como si la enterrara yo misma, y no puedo...

—Eso es una tontería —la urgió su hermano, consciente de las miradas perplejas de todos los asistentes—. Es un símbolo, nada más.

Marcela no respondió. Soltó la tierra a sus pies, lejos de la fosa, y dio un paso atrás. Bajó la cabeza y hundió las manos en los bolsillos de su abrigo. Su hermano no dijo nada, se limitó a colocarse a su lado y a meter la mano en el bolsillo de Marcela, como cuando de niños volvían del colegio en invierno. En lugar de darle la mano, Juan colaba sus pequeños dedos en el bolsillo de Marcela, que los rodeaba con su mano enguantada y los calentaba hasta casa. El pequeño gesto infantil pudo con ella. Ya no era capaz de rodear la mano de su hermano, mucho más alto y robusto que ella, así que apretó el puño y lo colocó en la palma de Juan, que lo envolvió con cariño. Apoyó la cabeza en su hombro y dejó escapar todo el dolor y la pena que la atezaban desde que salió de Pamplona.

No se quedaron a ver cómo los operarios del cementerio cubrían la fosa de tierra. Su hermano y su cuñada se cogieron del brazo y ella los siguió unos pasos por detrás hasta la salida del camposanto. Agradeció alejarse del olor de

los cipreses, de sus sombras bailarinas y de la tierra suelta que se le metía en los ojos, arrastrada por el viento procedente de las montañas. Viento helado que le congelaba las lágrimas antes de que pudiera derramarlas. Mejor así. Llorar era uno de los actos más dolorosos a los que se había enfrentado nunca.

Caminaron hasta el coche y poco después llegaron a la gran casa en la que hacía apenas dos días había muerto su madre. Un grupo de vecinas se había encargado de despejar el salón de la planta baja y llenar las mesas con platos de jamón, queso, chorizo casero, frutos secos y ensaladilla rusa. Además, habían desplegado un número considerable de vasos de plástico que esperaban perfectamente alineados junto a las botellas de vino tinto listas para ser descorchadas. Hacía demasiado frío como para quedarse de pie en la iglesia o en el cementerio a recibir las condolencias de todo el pueblo, como era costumbre, así que decidieron adoptar una tradición extravagante para muchos, pero que cada vez se repetía con mayor frecuencia por aquellos lares, sobre todo cuando la muerte llegaba en invierno.

Los hijos de Juan, sobrinos de Marcela, se habían quedado con su otra abuela, la madre de Paula, su cuñada. Eran demasiado pequeños para entender expresiones como muerte, vida eterna, dolor o desaparición, aunque Marcela creía que en realidad no estaban preparados para reconocer ante sus hijos que la muerte era indefectible, un paso del que no había posibilidad de dar marcha atrás y que obligaba a utilizar expresiones tan drásticas como «nunca más».

Cogió un vaso de plástico, se sirvió vino de una botella recién descorchada y se recordó una vez más que debía guardarse sus opiniones para sí misma.

El vino, oscuro y áspero, le calentó primero la garganta y luego el resto del cuerpo, aunque seguía teniendo las manos heladas y las uñas de un curioso tono azulado. Se